

PSIQUE: Sobre la historia del desarrollo del Alma. (2 PARTE.).

Carl Gustav Carus ()**

Índice:

1.- DE LA VIDA INCONSCIENTE DEL ALMA

- 1.1 Sobre la esencia de los primeros procesos de formación del organismo humano
- 1.2 Consideración de la primera instauración de la estructura del organismo, en sistemas diversos, a través de la acción celosa e inconsciente de la idea.
- 1.3 Acerca del carácter esencialmente inconsciente del proceso, mediante el cual, en medio de la especie, ocurre la multiplicación de los individuos.
- 1.4 Acerca de lo que, incluso en un alma volcada hacia la autoconciencia, todavía pertenece al reino de la inconsciencia.
- 1.5 Acerca de los estados enfermizos que puedan afectar a la vida anímica inconsciente.

1.3 Acerca del carácter esencialmente inconsciente del proceso, mediante el cual, en medio de la especie, ocurre la multiplicación de los individuos

En lo precedente quedará claro cómo, como a consecuencia del deseo de devenir inconsciente de una idea divina, realmente llega a existir un organismo, en sí, multifacético; y eso, a través de su inconmensurable instauración de una apariencia, de una forma, —una mónada— una célula primordial. Cómo, sin embargo, a partir de un mismo organismo surjan, uno o varios nuevos organismos autónomos y, por lo tanto, siempre nuevas ideas puedan vivirse ahí, una preservación de la especie, eso suscitará, más adelante, la cuestión, que será igualmente de la más elevada importancia para la psicología, sobre cómo y por medio de qué debe concebirse la multiplicación de las almas. En este sentido, encontramos criaturas en las cuales, prácticamente cada mónada, cada célula primordial de su interior, es capaz de convertirse en un nuevo organismo autónomo; y otras, que pueden ser seccionadas, mediante un corte, y, cada mitad, a su vez, se reconstituirá completamente y, donde antes había un alma, ahora se expresan dos. Estos procesos, a primera vista, nos parecen altamente enigmáticos: acaso ¿una idea puede dividirse? ¿Es posible que una división mecánica violenta pueda duplicar, tal vez, multiplicar, un alma? Esas preguntas necesitan resolverse, para que no solo se vuelva posible comprender la infinita multiplicación de las almas en el reino animal, sino también, la revelación creciente y cada vez mayor, de almas humanas, destinadas a alcanzar la conciencia.

Necesitamos comenzar aquí por clarificar la relación general existente entre especie e individuo. La especie es, especialmente, en sí misma y por sí misma, algo puramente ideal, que ni siquiera existe como algo real, manifestado completamente en el espacio; sino que siempre, única y continuamente, se manifiesta en la multiplicidad de los individuos. Esta relación de la especie se repite, a su vez, en cierta medida, en la del individuo con sus partes elementales, las células primordiales. A través del surgimiento, desarrollo, destrucción y reconstitución de estas células primordiales, de hecho, la esencia ancestral sigue viviendo progresivamente allí, tal como la especie se vive a través de los individuos; pues, en verdad, también aquí, recién y esencialmente, también la quintaesencia completa de toda la miríada de estas mónadas, que repetidamente desaparecen y resurgen, en la continuidad de la vida, es lo que presenta al individuo

propiamente dicho; mientras que el individuo, a su vez, que concebimos como manifestación temporal individual (por ejemplo, se puede considerar al ser humano como niño, hombre adulto o anciano), siempre permanece siendo simplemente un fragmento de la totalidad del individuo ideal. La idea de la especie, por lo tanto, se vive ahí al convertirse en realidad, en la medida de lo posible, infinitas veces, en individuos singulares; así como, inversamente, la idea del individuo se vive allí, en la medida en que se instaure potencialmente infinitas veces, como célula primordial individual o mónada. En vista de esto, tampoco se puede hablar de división de las ideas, de la multiplicación de los individuos o de las mónadas, así como no se puede afirmar que la idea de un triángulo se divida cuando una porción de triángulos especiales se vuelvan reales. Como, además, cada triángulo que se vuelva real, precisamente porque en él ahora se manifiesta temporal y espacialmente la idea, en el flujo continuo de los elementos; y, por lo tanto, siempre se manifiesta, mediante circunstancias algo diferentes; y, cada vez, también se distingue en algo de cada uno de los otros triángulos que se han vuelto reales, aunque sea infinitesimalmente; así también, cada realización de la idea de la especie, como individuo, así como cada realización de la idea del individuo, como mónada, de alguna manera, aunque sea infinitesimalmente, se distinguirá de las demás. Después de todo esto, ahora se puede sintetizar estas verdades a través de la siguiente formulación: inicialmente, en todas partes, es necesario distinguir entre la idea de la especie, del ser individual y de la mónada; es decir, una estructura elemental de un ser individual. A cada una de estas ideas se le otorga la potencialidad de manifestarse de manera infinitamente múltiple. Puede ocurrir que, en un mismo círculo de seres, haya una diversidad infinita de especies; en una especie, una cantidad inmensurable de individuos; y, en un mismo individuo, innumerables mónadas. Cuanto más elevado sea este círculo de vida, en el cual esta trifurcación de ideas distintas se manifieste, tanto más divergirá cada una de ellas de las demás. En el contexto de la humanidad, cada individualidad es esencialmente distinta de las demás, y de la totalidad de la especie; y cada célula primordial o mónada, a su vez, es esencialmente distinta del ser humano como un todo.

Más adelante, se hace evidente que cuanto más elevado sea el círculo de vida, más definidamente se revelará la individualidad dentro de él; y si, en este sentido, observamos todo lo que está vivo a nuestro alrededor, también encontraremos notables y significativas diferencias en lo que respecta a la continuidad y la repetida realización de las ideas, especialmente en relación con los organismos más inferiores, donde todo lo animado aún descansa profundamente en la inconsciencia, y donde todo lo real permanece indiferente en gran medida, de modo que la diferencia entre individuo y célula primordial sea mínima. En este contexto, para que el individuo se multiplique, basta con que ocurra una división sin control o que, a través del impulso inconsciente de la idea, se produzca una separación natural de una o más células primordiales, de modo que estas células individuales se comporten inmediatamente como el todo, de manera análoga a las partes separadas de una pieza de imán, que actuarán de inmediato como la pieza más grande de la cual proceden y, por lo tanto, presentarán sus polos sur y norte, así como sus atracciones y repulsiones peculiares, etc. Evidentemente, así como también se puede afirmar del pedazo más grande del imán que aún no es realmente un todo, es decir, un individuo, sino solo un fragmento de un miembro del organismo terrestre; de la misma manera, los individuos cuya concepción y multiplicación ya es posible de esta manera, poseen solo una mínima autenticidad (*Selbstheit*) y cada desarrollo de la idea hacia algún tipo de conciencia permanece generalmente inconcebible aquí. No obstante, es notable que, precisamente debido a su menor importancia en el todo, la facilidad de producción, basada únicamente en la división y separación de células primordiales, sea directamente proporcional a la descomunal multiplicación de estos seres. En este contexto, se insertan nominalmente los ejemplos del mundo de los infusorios, en relación con los cuales es posible calcular que una criatura de este tipo, en cuestión de pocas horas, sea capaz de multiplicarse en millones de criaturas del mismo tipo, entre otras cosas. El deseo de convertirse (*Werdelust*) de estas ideas, en relación con la cantidad de individualidades, se encuentra inmediata y directamente en relación inversa al poder y la relevancia de los individuos, originados de esta manera. Por otro lado, si nos volvemos a los círculos de vida superiores, entre los cuales el más grande es el de la propia humanidad, nos encontraremos con algo esencialmente distinto y con una relación muy curiosa: en este caso, es la mayor energía de la idea del individuo la que instaure una poderosa heterogeneidad en la totalidad, en las partes elementales del organismo; una diversidad cuya consecuencia es que, aunque algunas de estas partes elementales sean capaces de continuar

y complementar el desarrollo del organismo al multiplicarse, simplemente no son capaces de reproducir por sí solas al organismo en su totalidad, como ocurre, por ejemplo, en la división de las mónadas del infusorio, con la parte seccionada de la ninfa, o con el brote de la hidra. Aquí se evidencia con más fuerza la idea de la especie; un nuevo individuo solo puede surgir a medida que la propia idea de la especie se establece de manera nueva; y es por eso también que, en realidad, esta instauración solo se vuelve posible cuando no procede solo de un único individuo, sino siempre, únicamente, a través de la acción conjunta de dos individuos, cuya diada, específicamente, representa cada vez la especie (por lo tanto, el lenguaje ha formado de manera muy perspicaz la palabra “Begattung”, cópula - que preserva la raíz “Gattung”, especie - NT) y provoca la aparición de lo nuevo; y este, a su vez, surge cuando una parte elemental, es decir, una célula primordial de un individuo, asume el concepto de ooblasto, de modo que, a través de él, no solo y precisamente, la misma idea de ese organismo específico, del cual esa célula primordial originalmente solo era un fragmento, vive y se manifiesta allí, sino que se convierte en una expresión especial de la idea de la especie en general.

Por lo tanto, mientras que en el primer caso el individuo realmente puede concebirse y multiplicarse, en la medida en que su idea siempre se instaure de nuevo en partes elementales que solo necesitan ser disociadas para que la misma idea se revele a menudo como un nuevo organismo; en el segundo caso, asimétrico al primero, la especie solo se comportará de manera generativa y multiplicativa en la medida en que su representación siempre requiera al menos dos individuos. Si clarificamos esta relación, entonces podremos extraer mucho de ella, por un lado, para comprender el significado de la generación sexual y, por otro lado, para entender en general el círculo de vida superior: debe ser evidente por sí mismo que la idea de un organismo, que solo puede revelarse a medida que algo que en sí mismo es puramente ideal —la especie— vive y se instaure allí una y otra vez de manera peculiar, debe contener un sentido superior en comparación con una idea que, en cada fragmento de su propio organismo, ya puede multiplicarse; y que, aunque siempre se renueve, todavía se vive allí de la misma manera una y otra vez. Del mismo modo, en consecuencia, la reproducción sexual adquiere ahora un significado superior, ya que a través de ella, ambos organismos realmente reales que se reproducen representan un ideal: la idea de la especie, que nunca se manifiesta corporalmente por sí misma y, por lo tanto, proporciona la oportunidad para que una o varias de las infinitas ideas de individuos, contenidas en el concepto de especie, realmente puedan llegar a manifestarse.

En relación con esto, en general, las elucidaciones traídas por los avances más recientes en fisiología sobre el proceso de desarrollo humano son muy instructivas; sin embargo, ellas mismas solo alcanzan su interpretación correcta a partir de lo aquí expuesto. De hecho, es fascinante que en todas las criaturas superiores, que solo se reproducen por apareamiento y, especialmente, en los seres humanos, también se formen ciertas células primordiales al principio, cada una de las cuales tiene el significado de desarrollar completamente un nuevo individuo a partir de sí misma en el futuro: estos son los folículos de los ovarios femeninos. Por lo tanto, incluso los organismos superiores parecen repetir a los inferiores, en los cuales las células primordiales individuales se disocian para que, a continuación, la idea de la criatura en su totalidad pueda vivirse de nuevo a partir de ellas; aquí, sin embargo, en el contexto de los organismos superiores, ya no es posible hablar de un desarrollo inmediato en absoluto, ya que nunca, desde tal mónada, se desarrollará un nuevo individuo humano sin que primero se manifieste dentro de ella la quintaesencia de la especie, en la medida en que, como mínimo, una de esas células primordiales vivas, secretadas por el cuerpo masculino como espermatozoides, haya entrado en contacto directo (con un óvulo), naturalmente, por sí misma, de manera completamente inconsciente. Al saber, por lo tanto, que ni de la mujer ni del hombre, por separado, surge verdaderamente el nuevo individuo, sino que este solo se instaure como una revelación individual especial de la idea de la especie, a través de una colaboración inconsciente entre ambos, de modo que siempre, a partir de dos factores, resulta un tercero completamente nuevo y peculiar; entonces también será posible comprender de inmediato la curiosa independencia de la idea, que busca revelarse de manera nueva, frente a ambas ideas individuales que la generaron. Ya esa extraña ley detectada por HUFELAND [29], sobre la equivalencia numérica entre los sexos, mediante la cual la humanidad se preserva, independientemente de las diversas condiciones variables de reproducción, solo puede entenderse a partir de las consideraciones

hechas aquí; y también solo a partir de aquí se vuelve plausible por qué, a pesar de que siempre algo familiar de las almas generadoras se comparte con la idea a punto de revelarse nuevamente, sin embargo, cada nueva idea que surge siempre denota también algo originalmente primordial y, a menudo, muy característicamente distintivo.

A través de cada acto, por lo tanto, mediante el cual la idea de la especie humana se encarna, se haga realidad, también comienza a vivirse repetidamente otra, entre las infinitas ideas inherentes a la idea total de la humanidad; y, por consiguiente, no puede quedar ninguna duda de que la manera en que la humanidad se realiza en cada acto, ya sea más poderosa y significativamente o más débil e inferiormente, es de suma importancia para evocar y posibilitar que una idea entre en la realidad, dotada de una energía y belleza mayor o menor. Si, por lo tanto, se vuelve claro, en general, cómo, solo a través de un proceso que también pertenezca al ámbito de la vida anímica inconsciente (pues lo que cae en el ámbito de la conciencia de aquellos que procrean, en la unión sexual, en general, no tiene nada que ver, en sí mismo, con el contacto mediante el cual se condiciona una nueva vida, ya que este último sucede, además, solo uno o dos días después [30] de la cópula y siempre ocurre solo dentro del cuerpo femenino), ideas contenidas en el número infinito de ideas inherentes a la idea de la humanidad comiencen a vivirse allí una y otra vez; entonces, esto requerirá que, a continuación, prestemos atención a algunas condiciones especiales que deben tenerse en cuenta sobre este asunto.

En primer lugar, también caracteriza la dignidad superior de la idea de la humanidad, que la fuerza de su deseo de devenir actúe a través de siempre nuevas realizaciones de sus individuos, en comparación con círculos de vida inferiores, donde, por un lado, hay una productividad mucho más limitada; y, por otro lado, la potencialidad del acto y el contacto inconsciente de las partes primordiales mencionadas, que representan la especie, está necesariamente ligada a ciertos círculos de vida de individuos y al desarrollo previo de la conciencia. La descomunal multiplicación de individuos, donde, en poco tiempo, una sola y misma idea de vida menor se replica exponencialmente en una miríada, ya sea por división y desprendimiento directo de células primordiales; o por medio de la procreación, como ocurre en los niveles inferiores del reino animal, es totalmente ajena a la humanidad y se repite, en este contexto, como máximo y solo en el rápido aumento de las células primordiales dentro del individuo, es decir, en sus primeros procesos vitales (mencionados anteriormente) y, verdaderamente, a lo largo de toda la formación progresiva del organismo.

En segundo lugar, en lo que respecta a esos círculos de vida en los que se requiere que los individuos realmente procreen, a menudo se produce una relación muy peculiar entre consciente e inconsciente: si, efectivamente, estimulado por el contacto totalmente inconsciente de las células primordiales, comienza a vivirse una nueva forma de la idea de la humanidad, es decir, como encontramos al principio, igualmente totalmente desprovista de conciencia, entonces también es cierto que, en esas fases iniciales de su existencia, en los niveles en los que los organismos inferiores ya comienzan a multiplicarse desmedidamente, ésta aún será completamente incapaz de procrear; antes bien, sobre todo, necesariamente deberá desarrollarse a plena conciencia, para que, solo entonces, esté lo suficientemente madura como para, una y otra vez, en el encuentro con otra idea igualmente consciente, desencadenar aquel contacto inconsciente mediante el cual, a menudo, una nueva idea puede ser llamada a la vida. También aquí, por lo tanto, se manifiesta de nuevo esta circulación que parte del inconsciente, pasa por el consciente, para luego volver nuevamente al inconsciente.

Finalmente, no es posible profundizar más en la consideración del tipo y la manera en que los individuos infinitos, en medio de la humanidad, pueden realizarse repetidamente, sin al mismo tiempo también esforzarse por entender más acertadamente las causas de esta descomunal heterogeneidad entre ellos; pues, aunque esté claro que, por razones superiores, nada de lo que se haya vuelto real en el mundo puede ser completamente idéntico a otro; aun así, destaca una heterogeneidad entre almas y formas de vida humanas que, en comparación con los miles de millones, cada vez más nítida y poderosamente, se hace evidente. Un análisis más preciso de esta heterogeneidad de las almas humanas, por lo tanto, nos enseñará que esto siempre se remonta a un doble fundamento: por un lado, aquel que reside en el pensamiento primordial de Dios sobre la humanidad; y otro que se refiere a las condiciones factuales bajo las cuales estos pensamientos

se manifiestan allí. La idea de la humanidad, mientras especie, necesita, en particular, aunque sea una idea dotada de una energía divina superior, más que cualquier otra que hayamos experimentado, sobre todo contener en sí misma infinitas potencialidades de ideas individuales; y, precisamente debido a su energía superior, en general, también todo lo que sea diferente en estas individualidades se arraigará más vigorosamente en este mismo pensamiento primordial de Dios; sí, verdaderamente, así como la mayor cantidad de unidades abarcadas por el conjunto mayor se distingue de la menor, así también, esta mayor diferencia de individualidades principalmente documenta la energía más elevada del pensamiento fundamental de la humanidad, en términos generales. Una antítesis primordial, que notamos primero y que impregna toda esta infinidad de ideas individuales inherentes a la humanidad, y que reproduce el mayor dualismo del mundo, es aquella entre idea y éter - purusha y prakriti,

En medio de esta primera contraposición, que atraviesa a humanidad en su totalidad, surgen múltiples otras más adelante, algunas de las cuales están directamente fundamentadas en la propia ancestralidad de la idea de los individuos, mientras que otras son elevadas y despertadas por la diversidad y dinámica de la vida. Se forman así una serie de círculos concéntricos, uno dentro del otro; sin embargo, siempre prevalece una ley bien definida, a saber, que cuanto más robustamente se desarrolle la vida consciente del espíritu dentro del respectivo círculo, tanto más decisiva será la antítesis entre los individuos y tanto más claramente se destacará la heterogeneidad de las naturalezas humanas.

En relación con la más primordial de todas las polaridades de la humanidad, totalmente fundamentada en el inconsciente: la antítesis entre lo masculino y lo femenino, de esta ley se deriva que, dado que al género masculino se le ha atribuido particularmente un mayor desarrollo del espíritu consciente, esto también implica una mayor fundamentación y revelación de una heterogeneidad entre sus individuos en comparación con lo femenino. Esta misma ley se aplica igualmente a los círculos de las diferentes franjas etarias; incluso a aquellas etnias esencialmente distintas de la humanidad, como resultado de la diversa influencia de la naturaleza terrestre.

En la edad más indiferenciada de la infancia, los individuos todavía son poco distintos entre sí; mientras que, en la edad en que el espíritu consciente surge más vigorosamente, las individualidades también experimentan una mayor diástasis; y, evidentemente, por la misma razón, en este momento, son capaces de ejercer una mayor atracción entre sí. En lo que respecta a las etnias humanas, estas se estratifican de acuerdo con los cuatro estados ininterrumpidos de rotación del planeta, es decir, día y noche, amanecer y atardecer, que implican las cuatro grandes subdivisiones entre pueblos diurnos y nocturnos, por un lado, y orientales del sol naciente y occidentales del sol poniente, por otro. [31]; así, es natural que, entre los pueblos diurnos, el día del alma -la conciencia- también se constituya más plenamente, y por lo tanto, las peculiaridades de los individuos se distingan más significativamente; mientras que entre los pueblos nocturnos (negros), ya se encuentre una uniformidad decididamente mayor en las predisposiciones más primordiales del alma.

Por lo tanto, si ya llama la atención, entre la humanidad, una disminución de la precisión de la individualidad según la energía de los círculos de vida en los que se encuentre, tanto más llamará la atención, si miramos desde esta perspectiva, los círculos de vida del mundo animal. Solo en la humanidad prevalece lo que, según una de nuestras deducciones anteriores, llamamos “la personalidad”, como ápice de toda la individualidad; mientras que en el mundo animal, por el contrario, desaparecen cada vez más esas polaridades opuestas primordiales de la individualidad, cuanto menor sea la idea de vida de las respectivas especies: una indiferenciación cada vez más decisiva caracteriza una infinita repetición de la misma forma de vida; e incluso la oposición entre los sexos se extingue finalmente en las regiones más remotas, donde, a partir de entonces, a veces solo se conserva en la antítesis entre órganos reproductores conjugados dentro de un mismo individuo.

Se ha dicho, sin embargo, que una diversidad individual más robusta de las formas de vida individuales no se da únicamente por la peculiaridad del primer pensamiento divino; sino que el intercambio con otras formas de vida —lo que entendemos como conflicto con el mundo exterior— también tiene una participación poderosa en permitir que la peculiaridad del modo de vida de una idea surja con mayor vigor. Sin embargo,

también aquí todo depende especialmente de la importancia interna superior o inferior del círculo de vida al que pertenece el individuo, para que estas condiciones externas puedan contribuir más o menos a la precisión de la individualidad. Cuanto mayor sea la energía de una idea, tanto más amplia será su historia, así como el círculo de posibilidades dentro del cual su revelación puede cambiar.

Por lo tanto, el tipo y el modo en que un organismo esté envuelto a lo largo de su formación; y cómo este entorno lo influya, fomentándolo y favoreciéndolo o dificultándolo y perjudicándolo, puede y debe modificar su peculiaridad de manera significativa; al igual que su manifestación espacial, también su vida anímica, incluso aquella aún inconsciente, se transformará de manera sorprendente según las diferentes influencias que reciba. Todos los organismos, todas las almas de un orden superior, por lo tanto, poseen en sí mismos y alrededor de sí mismos, y viceversa, un espectro más amplio de potenciales dispersiones y oscilaciones. En el ser humano, en el alma humana individual, esta diversidad es ingente y puede ser provocada, a pesar de la misma predisposición primordial, por la variedad de influencias ya desencadenadas durante su primera formación inconsciente; mientras que, por ejemplo, en el insecto, en el gusano y en todas las demás almas individuales de importancia menor similar, incluso las influencias más diversas serán incapaces de suscitar una diversidad mayor y más esencial.

Espero que estas consideraciones hayan proporcionado una idea del tipo y la manera en que un alma se revela una tras otra en la secuencia inmensurable de las más variadas especies; y también hayan proporcionado una prueba suficiente provisional de las razones que determinan la heterogeneidad de las almas individuales..

1.4 Acerca de lo que, incluso en un alma volcada hacia la autoconciencia, todavía pertenece al reino de la inconsciencia.

Quien haya seguido atentamente las consideraciones anteriores; quien, a partir de ahora, esté consciente de cómo nosotros mismos, por ejemplo, como un cristal que emerge de manera inconsciente, según la idea de su formación geométrica, llegamos a ser, surgimos y continuamos existiendo allí, mediante una acción diligente totalmente inconsciente; es decir, desde lo primordialmente divino en nosotros, también se convencerá más de cerca del poder que, junto al espíritu consciente, el inconsciente debe y necesita mantener continuamente dentro de nosotros. Desarrollar y reforzar esta convicción, en detalle, deberá convertirse en la tarea especial de esta sección. Antes que nada, parece importante para este fin señalar más detalladamente que el inconsciente de nuestra vida anímica no solo actúa de una manera, sino de múltiples maneras.

En parte ya ha sido posible llamar la atención sobre tales heterogeneidades en el inconsciente; sin embargo, ahora, cuando nos proponemos contemplar y sistematizar, retrospectiva y panorámicamente, desde la altura del espíritu consciente, todas las formas de acción inconsciente del divino innato en nuestro ser, no podemos pasar por alto que tales diferenciaciones son necesarias aquí para la integración de un reconocimiento científico.

En verdad, en primer lugar, estamos obligados a admitir que hay una región de la vida anímica en la cual realmente no penetra ni un solo rayo de conciencia, y que, por ello, podemos denominarla el inconsciente absoluto. Sin embargo, este inconsciente absoluto se extiende sobre toda la acción diligente de la idea, solo dentro de nosotros mismos y, en este caso, llamémoslo general. Por lo tanto, ya lo hemos encontrado en la existencia embrionaria, cuando se refería exclusivamente a la acción providencial de la idea en la formación, y que, precisamente por eso, aún no pudimos caracterizarlo verdaderamente con el nombre de alma; o este inconsciente absoluto, ya no abarca exclusivamente el carácter de toda la vida anímica, sino que de alguna manera ha desarrollado una conciencia, es decir, la idea realmente se ha convertido en alma; sin embargo, incluso aquí, todos los procesos formativos, destructivos y restauradores de la vida aún ocurren totalmente sin ninguna participación consciente; y, por lo tanto, tal inconsciente ya no es general, sino solo parcial. En contraposición al absoluto, o simplemente al inconsciente, es decir, a veces, es reconocido más como general y, en otras, como parcial, se encuentra el inconsciente relativo; es decir, esa área de una vida anímica que realmente ha alcanzado la conciencia y que, sin embargo, puede volver a ser inconsciente, aunque a menudo vuelva a la conciencia; un área que continuamente abarcará, en el alma totalmente madura, la

mayor parte del mundo del espíritu, porque solo podemos captar y mantener presente, en cada momento, una fracción ínfima de la totalidad del mundo de nuestras representaciones.

En las consideraciones siguientes, nuestra tarea principal será detallar y describir más pormenorizadamente en qué consiste la relación de este inconsciente absoluto, aunque solo parcial, con lo que paralelamente es capaz de alcanzar la conciencia y realmente la alcanza. En lo que respecta al absoluto, respectivamente, al inconsciente general del alma, durante el período de formación embrionaria; es decir, en esa vida maravillosa en la que la idea, como pensamiento básico divino, de toda una existencia humana, aún estaba llena de misterio y recogimiento, descansando en sí misma y, sin embargo, desplegaba toda la estructura singular del organismo, dentro del cual, posteriormente, el espíritu consciente debería excitarse y desarrollarse; pues bien, sobre esto se extiende, esencialmente, el velo de Isis, que nunca podrá ser desvelado verdaderamente a la conciencia; sin embargo, ni por ello, las analogías y comparaciones nos llevan, en este aspecto, al punto de poder saber que, tanto aquí como allá, vigila celosamente una y la misma inteligencia, que actúa providencialmente y verdaderamente como “pensamiento inconsciente”.

Más comprensible para el espíritu consciente se vuelve aquello que anteriormente llamábamos inconsciente parcial; pues, cuando (algo que trataremos más adelante) el rayo de la conciencia haya sido encendido, este inconsciente en cuestión también se volverá mucho más objetivo, como por ejemplo, la luz recién encendida hace que la noche sea clara y reconocible en su oscuridad. Por lo tanto, todo lo que aún pertenezca al inconsciente general y absoluto siempre recae en el ámbito de este inconsciente absoluto parcial. Por lo tanto, lo integran todos los procesos de formación, todo lo relacionado con el crecimiento, la alimentación, la circulación sanguínea, la respiración, la secreción; mientras que, en el sistema que hemos llamado puramente anímico, es decir, el nervioso y el sensorial, exclusivamente, se desarrolla plenamente el ámbito de la vida anímica consciente. Además, nunca se debe ignorar que esta forma del inconsciente siempre es un rayo del mismo alma, que realmente se manifiesta en otra región, como conciencia; y, precisamente porque pertenece realmente al alma misma, todas sus repolarizaciones también necesitan, de alguna manera, hacerse valer, en general, en todas las regiones de la vida anímica; y, por lo tanto también, de alguna manera, incluso en la conciencia. Lo que llamamos mundo de los sentimientos del espíritu se explica principalmente a través de estos reflejos. Por ejemplo, encontramos que solo debido a una predominancia de la vida digestiva, la movilidad y ligereza de la vida representacional pueden verse perturbadas, a medida que una disposición alterada de la circulación sanguínea incide en el humor del espíritu, etc. Esto se debe a que una reverberación más intensa desde estas regiones elevadas hacia las claridades de la conciencia se manifiesta allí de manera muy precisa a través de diversos sentimientos. Como ya observamos anteriormente, a menudo se intenta encontrar, a través de conceptos no depurados en su totalidad, erróneamente, solo pruebas de los diferentes tipos de tránsito entre lo somático y lo espiritual; mientras que ahora, después de las aclaraciones anteriores, fácilmente comprendemos que, verdaderamente, siempre en tales relaciones, únicamente puede hablarse de la circulación entre ciertas regiones inconscientes y otras conscientes, de la vida anímica; siendo que ambas son siempre rayos distintos del mismo divino y uno. La relación cercana de este inconsciente parcial, aparentemente inferior, con la conciencia pura del espíritu maduro, además, tal vez pueda ser ilustrada más claramente si comparamos la expresión de la vida anímica plenamente consciente con la punta resplandeciente de un domo gótico, que atrae la mirada hacia la riqueza de su ornamentación y su forma general, que aspira al cielo; el cual, sin embargo, no resplandecería ni adquiriría su belleza, ni se sostendría en su altura, si no fuera por su fundamento, que descansa invisible y profundamente bajo tierra (aquí, como metáfora del inconsciente absoluto), que, en todas partes, lo sostiene y lo aferra completamente, mediante su apoyo y asentamiento técnico interior en la obra, a base de muros y ferrajes. Realmente, de la misma manera que el lado externo brillante de una construcción depende de su fundamento invisible, así también todas las cualidades supremas y excelentes de la vida anímica consciente dependen de una miríada de relaciones con el inconsciente del alma; y, así como la punta del domo de la catedral gótica inevitablemente cae, solo mediante la ruptura de uno de sus enganches de hierro o el desplazamiento de una de sus piedras angulares; así también, las brillantes manifestaciones del espíritu desaparecen inmediatamente tan pronto como el menor obstáculo obstruye la acción inconsciente del alma, como ocurre, por ejemplo, en la manera en que regula la circulación sanguínea del corazón o administra la

alternancia de la respiración. Sin embargo, todo esto rara vez se tiene suficientemente en cuenta; o, cuando se considera, se atribuye a una lamentable dependencia del espíritu respecto al cuerpo; mientras que, a los ojos de aquel que ha aprendido a comprender estas manifestaciones en su totalidad, todo esto debería parecer un signo hermoso y necesario de la fundamentación conjunta de ambas esferas de la vida anímica, de la consciente y de la inconsciente, en una misma esencialidad o idea divina.

Sin duda, estos temas son de suma importancia para la posibilidad de emprender una psicología verdaderamente científica; y, precisamente por eso, gran parte de este escrito se propone, como tarea especial, arrojar una luz más brillante sobre esta cuestión.

Por lo tanto, expresamos con frecuencia que aquel que logre captar, desde lo alto, el desarrollo inconsciente del mundo consciente del espíritu, esos procesos maravillosos y misteriosos del mundo inconsciente del alma, sobre los cuales el mundo consciente del espíritu se sostiene como un arco iris radiante, apenas móvil ante un muro de lluvia, ya habrá sido ayudado sustancialmente en su reconocimiento, y no pasará desapercibido que cuanto más profundice en estos asuntos, más resultados relevantes surgirán.

Entonces, volvamos toda nuestra atención inicial, a través de un razonamiento consciente refinado, a la introducción progresiva a los procesos sin conciencia de nuestra vida anímica; repitamos una y otra vez que, durante el período de vida embrionaria, cuando todas las disposiciones innatas (*potentia*) espirituales superiores ya deberían estar presentes, y también desarrollada la mayor parte de la formación peculiar de los nervios y la cabeza, que se convertirán en los principales mantenedores de estas disposiciones innatas, el alma, aun así, actúa diligentemente sin conciencia; por lo tanto, llegaremos a la conclusión de que este pensamiento del alma desprovisto de conciencia, en la modelación y remodelación de nuestro organismo, se traduce igualmente en la vida anímica consciente. Pues Schelling ya había afirmado bellamente sobre la acción providencial de la naturaleza en general: “toda la dinámica y actividad, toda la excitación de vida, también de la naturaleza, sería solo un pensar sin conciencia u ocurriría en forma de pensamiento; cuanto más se demuestre la normatividad en la naturaleza, más espiritual parecerá su efecto; los fenómenos ópticos serían completamente una geometría, cuyas líneas serían trazadas por la luz; y ‘la teoría perfecta de la naturaleza sería aquella en función de la cual toda la naturaleza se disolviera en una inteligencia’”. [32] Y ¿quién podría reconocer el mundo como manifestación, como revelación de un divino, sin haber sido profundamente atravesado por la necesidad de la inteligencia interior de toda la vida natural? Inicialmente, por lo tanto, tengamos presente, de manera completamente clara, cómo también en aquella alma, en la cual la luz de la autoconciencia realmente ha amanecido parcialmente, aun así permanece, en su mayor parte, retenida en la noche de la ausencia de conciencia. Si, por consiguiente, examinamos más a fondo la peculiaridad de los diferentes círculos de este ámbito sin conciencia, por ejemplo, los ciclos vitales de los procesos de formación, de continua construcción y destrucción, y los comparamos con lo que entendemos por consciente, entonces, rápidamente surgirán otros momentos importantes de distinción entre consciente e inconsciente: primero, nos convenceremos de que, hasta donde se extiende este reino de la ausencia de conciencia, también impera la necesidad; mientras que, inmediatamente, junto al amanecer de la conciencia, también se fundamenta la libertad. Desde aquí, se datan simultáneamente las antítesis, de la más alta relevancia, para la comprensión subsiguiente de la vida anímica: todo lo que se forme dentro de nosotros, originalmente sin conciencia, se experimenta como revelación de un divino, cuya razón determinante se encuentra tan fuera de nuestra existencia individual como su reconocimiento tampoco puede ser totalmente alcanzado por el espíritu individual. En estas regiones, por lo tanto, no es posible hablar de voluntad individual; y esto porque la voluntad presupone el reconocimiento, y aquí todavía no hay reconocimiento; pero sobre todo, porque aquí se establece incondicionalmente cierta necesidad ajena a nuestro reconocimiento y voluntad, la cual, aunque aún se mantenga como el único fundamento determinante de la mayor parte del alma inconsciente, al mismo tiempo también necesitará ejercer cierta influencia sobre la libertad de esa parte del alma desarrollada a la conciencia. Precisamente por esto, dado que toda nuestra existencia psíquica oscila continuamente entre inconsciencia y conciencia, se establece un constante vaivén entre arbitrariedad y coerción, libertad y necesidad, que invariablemente nos acompaña en la totalidad de nuestra vida.

¡Cuán inmensas, por lo tanto, son las elucubraciones que surgen de este punto de vista para toda el área

de la psicología, cada uno podrá estimarlo inmediatamente, al menos una vez que haya intentado hacerse consciente de cómo la dicotomía entre coacción y arbitrariedad o entre necesidad y libertad se hace sentir en todo el universo; y qué confiere, por lo tanto, tanta importancia y tan sublime posición, a la aparentemente débil e insignificante individualidad del ser humano, ante los cuerpos celestes en movimiento y los elementos frenéticos, sino la conciencia de que todas estas masas descomunales obedecen a la ley silenciosa y ciega de la necesidad, mientras que ese individuo, solo, está iluminado por la luz de la libertad!

Sin embargo, aquí también será necesario considerar lo que ya se discutió parcialmente antes, a saber, que solo condicionalmente tenemos motivo para elevar la libertad por encima del reino de la necesidad. Ya hemos mostrado que el inconsciente, y por lo tanto, lo que está determinado por la necesidad, contiene en sí mismo, precisamente porque en su esencia es divino, una seguridad, sabiduría y belleza a la que el consciente y libre, incluso en su cúspide más alta, nunca podrá alcanzar plenamente en la misma medida. Donde el pensamiento consciente vacila y tal vez acierte dos veces lo falso y solo una vez lo verdadero, incluso queriendo lo correcto; allí la acción diligente e inconsciente de la idea sigue con la mayor determinación y profundidad, según nuestra comprensión, a través de una sabiduría inconsciente, su paso completamente apropiado; y forma su ser allí, a menudo, con una belleza que, en toda su extensión, nunca podrá ser captada por la vida consciente, y quizás ni siquiera imitada.

Por lo tanto, solo cuando esta reverencia adecuada hacia lo inconsciente y lo necesario surja nuevamente en la conciencia y la libertad, será posible atribuir a todas estas consideraciones la consecuencia que tanto necesitamos reclamar, ya que antes se hizo evidente que el conocimiento, cuando atraviesa lo inconsciente desde la conciencia, alcanzará más certeramente su objetivo supremo, y la técnica solo entonces se convertirá en arte supremo, capaz así de volverse inconsciente desde lo consciente.

El psicólogo, por lo tanto, en relación con el reino de la inconsciencia, necesita, sobre todo, aclarar cuán variada y peculiarmente combinada, completamente impregnada por la interiorización del precedente y la intuición del venidero, actúa la idea-de-vida de nuestra existencia en los procesos de formación y transformación de nuestro organismo. Cuanto más se adentre el psicólogo en el reconocimiento de la singularidad de este mundo inconsciente, más resultados gratificantes obtendrá: una de las primeras observaciones que se le impondrán en este sentido es que la esencialidad eterna del alma opera tanto más en lo inconsciente que en lo consciente, ya que en él no ocurre ningún instante de parálisis, ninguna interrupción; sino que se manifiesta pura y simplemente a lo largo de toda la vida, un impulso constante absoluto a la actividad; mientras que la conciencia no puede mantener esa constancia; pero, debido a causas que se considerarán más adelante, cuando se reflexione sobre la vida consciente, necesita un retorno periódico a lo inconsciente; retorno que caracterizamos con el nombre de sueño. De ello se deriva otro resultado fascinante, y dado que hasta ahora este camino del análisis ha sido generalmente descuidado, también nunca ha sido debidamente honrado; a saber, que en todo el ámbito de la vida anímica inconsciente ni siquiera se aplica el concepto de fatiga; sino que este solo ocurre donde lo inconsciente está específicamente combinado con lo consciente o cuando solo está en juego lo consciente. Por lo tanto, las corrientes de líquidos fluyen ininterrumpidamente dentro de nosotros y el corazón late ininterrumpidamente; así como la respiración de los pulmones y la secreción de las glándulas; y no hay ninguna pausa ni fatiga en todas estas manifestaciones de la esfera inconsciente de la vida anímica; un aspecto que debería parecernos aún más curioso cuando consideramos, por ejemplo, lo rápido que se fatigan otros músculos cuando se someten a una actividad prolongada; y cuánto necesitan una interrupción y revitalización constante todos los demás procesos de la conciencia en nosotros. Por la misma razón, sin embargo, también encontramos que de la misma manera, muchos otros conceptos, prestados de la vida anímica consciente, simplemente no tienen ninguna aplicación en lo inconsciente, como por ejemplo, el aprendizaje gradual, el entrenamiento, la competencia, etc.

Por lo tanto, cualquier cosa que ocurra en el reino del inconsciente y, por ende, pertenezca a la necesidad, no requerirá aprendizaje laborioso ni necesitará ser entrenada para convertirse en competencia; todo aquí se ensaya y ejecuta de manera leve y directa, según la esencia misma de esa forma particular de ser definida. Así como el cristal se forma de manera singular porque simplemente no puede ser de otra manera, de igual modo, el organismo más elevado no necesita ningún entrenamiento especial para sus procesos de vida

inconsciente; más bien, los lleva a cabo sin demora porque pertenecen exclusivamente a la peculiaridad de su vida. Todo esto es de extraordinaria importancia para una evaluación adecuada de la naturaleza de la vida anímica y será excelente tan pronto como lleguemos a considerar los procesos vitales en el alma animal, lo cual promueve una mejor comprensión posible.

Cuando, sin embargo, se mencionó anteriormente que lo consciente está para lo inconsciente como lo libre está para lo necesario, de ninguna manera se hablaba únicamente de cualquier acción o actividad de la vida madura; más bien, también debemos recordar lo que resulta esencialmente de la historia del desarrollo progresivo primitivo del organismo, a partir de la acción absoluta y generalmente celosa e inconsciente de la idea, refiriéndose específicamente a la necesidad y la coerción, debido a la cual cada individuo debe ser especial y peculiar a su manera, y cada alma solo puede desarrollarse como única y exclusivamente proviniendo del reino del inconsciente. Esto es lo que Goethe, más o menos, llama “demonio” dentro de nosotros cuando dice:

Despierta a la ley, que viniste al mundo,
así debes ser, no puedes escapar de ti mismo;
y ningún tiempo o poder fragmentará
la forma moldeada que, vívida, se desarrolla. [33]

A medida que se hace evidente que toda la vida anímica consciente solo puede constituirse gradualmente a partir del inconsciente absoluto de la idea; que solo a través de esta percepción inconsciente opaca pueden surgir el sentimiento de sí mismo y, en su grado más alto, la autoconciencia, así como la memoria a partir de la interiorización [34], y la acción libre de la actividad necesaria, también se debe reconocer que cierta peculiaridad necesaria primordial del inconsciente se convierte en la condición para que todas las emociones individuales del alma consciente asuman una coloración permanente, una singularidad necesaria desde el inconsciente. Esto es lo que comúnmente caracterizamos como innato; es decir, son predisposiciones del alma que están en relación exacta y justa con la organización corporal; y que, por lo tanto, cuando se expresan, especialmente en la vida anímica consciente, se discutirán más detenidamente en la parte que trata específicamente sobre la vida anímica consciente..

Así como el inconsciente absoluto, que sirve de base desde el cual la conciencia se despliega y que persiste junto a esta, debe ser reconocido en el alma, también lo debe ser el inconsciente relativo o secundario, al cual la conciencia periódicamente regresa una y otra vez. Esto ocurre también con las acciones completamente inconscientes, de todos aquellos sentimientos y reconocimientos que alguna vez llegaron a la conciencia pero luego volvieron a dormitar inconscientemente en el alma, ya que continúan interfiriendo constantemente en la vida anímica consciente y en lo que llamamos vida anímica inconsciente absoluta, ya sea beneficiándola y estimulándola a través de lo ordenado y lo bello, o perturbándola y obstaculizándola mediante lo tosco y lo desagradable.

Cuando encontramos este inconsciente secundario, que solo periódicamente está completamente unido al inconsciente absoluto y primario en la misma vida anímica, y si este inconsciente absoluto es precisamente lo que esencialmente determina la formación y transformación del organismo, entonces también resultará claro por qué estas emociones del alma, una vez conscientes pero ahora sumergidas nuevamente en la inconsciencia, pueden y deben ejercer su influencia esencial y continuamente sobre la nutrición y el desarrollo del organismo. Un ejemplo puede ilustrar de manera más clara y comprensiva lo que tenemos en mente: imaginemos a un ser humano instruido en la contemplación pura de lo bello y lo verdadero... en su alma, bajo cuya acción inconsciente absoluta previamente erigida, consolidada y continuamente mantenida, descansa una pléthora de representaciones, sensaciones, pensamientos, entre las cuales solo algunas pocas acceden simultáneamente a su conciencia en un momento dado; sin embargo, todas estas riquezas, ahora ignoradas, no permanecerán perdidas para siempre; y en cada momento, esta riqueza interior incide continuamente en las emociones anímicas conscientes particulares, despiertas justo en ese momento por las vicisitudes de la vida; de manera que cada una de estas ahora no puede sino ser igualmente hermosa y verdadera, ya

que la totalidad de la vida anímica inconsciente relativa ya había poseído ese carácter en el pasado. ¡Pero eso no es todo! Este inconsciente relativo también actúa sobre el inconsciente absoluto, que preside la formación y transformación del organismo; en consecuencia, la propia formación de dicho organismo será diferente: las características de su semblante asumirán cierto contorno distintivo y lo que llamamos una expresión noble y una chispa de esa influencia se extenderá sobre la totalidad de la organización. Ahora imaginemos lo contrario: una individualidad reducida a los intereses más groseros e inferiores de la vida, ya ha desarrollado, a través de su inconsciente primordial y absoluto, una organización más tosca, vil y desagradable en todas sus opiniones y pensamientos; y esto, en cada momento, solo tendrá conciencia de algunas representaciones. Sin embargo, la peculiaridad repugnante y semianimal de la totalidad de esta vida anímica inconsciente relativa no solo rebajará continuamente todas las expresiones individuales de su psique consciente y las impregnará de un carácter indigno y malévolo, sino que también este inconsciente relativo, igualmente, se compartirá con el inconsciente absoluto (de hecho, el término “compartir” se está utilizando solo de manera figurada para su comprensión, ya que ambos, esencialmente, son una sola cosa); por lo tanto, este carácter no dejará de conferir a esta organización, que originalmente era menos exitosa, una expresión aún más grotesca y vulgar, cuyas características tenderán cada vez más hacia lo animal; sí, incluso las estructuras más sólidas, como el esqueleto, asumirán un carácter exótico.

Entiendo que es imposible seguir estas consideraciones atentamente sin convencerse de que el camino que estamos siguiendo, es decir, el de siempre perseguir las relaciones entre el consciente y el inconsciente, en la unidad del alma, nos llevará inevitablemente a una comprensión más profunda de la totalidad de la vida emocional. Además, muchas manifestaciones que de otro modo permanecerían completamente incomprensibles se volverán evidentes y completamente concebibles. Especialmente desde esta perspectiva, solo será comprensible cómo las representaciones, es decir, los movimientos de la vida emocional consciente, pueden influir en los procesos de formación, es decir, en los cambios en la vida emocional carente de conciencia, y viceversa, cómo las condiciones de formación siempre influirán en la representación. Quiero ilustrar esto inmediatamente con algunos ejemplos: es una experiencia bien conocida que no solo la sensación, sino también la representación vívida de líquidos conocidos, como el jugo de limón, desencadene una mayor secreción salival, así como cualquier objeto de ira, casi instantáneamente, demande una liberación de bilis, de tal manera que incluso otras excreciones más suaves puedan adquirir un sabor picante, e incluso venenoso, como la leche materna. En ambos casos, estas redefiniciones de las secreciones mencionadas ocurren principalmente de manera totalmente inconsciente, pero también porque la vida emocional consciente y la inconsciente, en última instancia, son esencialmente una sola cosa, y también porque el cambio en la secreción, que causa una reorganización de la formación emocional inconsciente, es exactamente homónimo al que previamente se había objetivado en la conciencia en forma de esas respectivas representaciones. La secreción biliar, es decir, la formación de veneno, es realmente homónima en el inconsciente a lo que en la conciencia sería la ira; y tan pronto como se excite la representación de ira, esto también demanda directamente tales secreciones en el inconsciente. Lo mismo sucede con la sensación del sabor picante, por la cual se activan directamente aquellas secreciones que son capaces de neutralizar el sabor fuerte respectivo. Y este proceso va más allá: la percepción real del sabor ni siquiera necesita estar presente, ya que basta con estimular la representación mencionada, y, inmediatamente, debido a que esta representación está vinculada precisamente a la vida emocional inconsciente, la función secretora respectiva estará presente tan pronto como se despierte la representación. Del mismo modo, estos movimientos también pueden originarse en el ámbito carente de conciencia y reflejarse en la conciencia, a través de ciertas representaciones homónimas, haciendo que reaparezcan transfiguradas: así, por ejemplo, una atmósfera contaminada por gases de carbón (utilizados en la calefacción) puede afectar a alguien que esté durmiendo, obstruyendo su proceso respiratorio y, de inmediato, provocando en su conciencia onírica representaciones angustiantes (pesadillas), como monstruos inclinados sobre su pecho asfixiándolo, etc. Además, también se vuelve posible comprender el efecto comúnmente llamado exclusivamente psíquico de los medicamentos (es decir, aquellos que afectan la esfera emocional consciente, como el opio, la belladona y similares): estos estimulan, en particular, una reorganización del ámbito sin conciencia, idéntica a la que ciertos estados emocionales conscientes suscitan en el inconsciente; y, al contrario, la medicación, a través

del afecto primario del ámbito sin conciencia, desencadena cambios en la esfera consciente, de manera secundaria y polarizada [35]. Sabemos, por ejemplo, que la sangre más densa, más carbonizada y mal aireada, debido a su relación con la invasión, inmediatamente condiciona un estado oprimido de la vida cerebral que conduce al sueño; así como los estados afligidos del espíritu y el hábito de dormir mucho, al revés, pueden producir tal constitución sanguínea. Por lo tanto, si se administra una mayor dosis de opio y belladona en un estado ya más carbonizado de la sangre, esto también ejercerá de manera inmediata una influencia sedante sobre el espíritu, etc. Así como anteriormente aprendimos a reconocer la necesidad y la espontaneidad como atributos especialmente distintivos del inconsciente primordial, ahora también es necesario considerar otro atributo esencial y muy importante de todo efecto emocional inconsciente, a saber, su característica singular, a la cual podemos llamar generalización; es decir, esa conexión íntima especial que se establece esencialmente en el inconsciente con la universalidad del mundo, o, como también podríamos llamarlo, su incorporación a lo universal, que especialmente puede percibirse en él.

Todavía, el espíritu capaz de cognición, de hecho, pronto se convencerá de que la totalidad del mundo tiene, y necesita tener, una concatenación orgánica interior; y que cada organismo, aunque se manifieste allí solo por un tiempo determinado como individuo, en realidad y esencialmente, es solo una fracción, un órgano, un organismo parcial, de un todo mayor. Sin embargo, a pesar de ello, aunque su anhelo insaciable sea afirmar cierta autonomía del propio organismo para que, en el apogeo de su existencia, desde este, se desarrolle el espíritu cognoscente, el inconsciente se encuentra muy lejos de esta polarización rudimentaria; porque dentro de él aún fluye espontáneamente la existencia general del mundo; y, por lo tanto, en él aún se excitan todas las fibras de la conexión, a través de la cual lo individual, en todas partes y permanentemente, está y necesita estar conectado al todo. Es de suma importancia, por lo tanto, considerar diligentemente a los organismos desde este punto de vista psicológico. Por lo tanto, según esto, cuanto más distante esté cualquier organismo de la autoconciencia, menos, en general, se forjará su individualidad; y tanto más directamente su inconsciente necesitará ser pensado como incluido en un organismo genérico; así, tanto más dependerá de la forma en que su especie viva allí; y tanto más estará, únicamente, inclinado hacia la percepción inconsciente, la interiorización y la intuición de todos los procesos vitales de este organismo genérico. Al prestar atención a este reconocimiento, muchas cosas se volverán evidentes en lo que respecta a la historia de los organismos inferiores que conocemos: comprendemos, por lo tanto, por qué los proto-organismos, las plantas y los animales inferiores todavía están completamente a merced de las alternancias de la vida terrestre y por qué su formación interior, como si proveyera inconscientemente, siempre se desarrolla de acuerdo con las disposiciones anímicas del círculo vital en el que se encuentran, de modo que, por ejemplo, a través de estas disposiciones, podemos reconocer varios preindicativos de cambios atmosféricos y similares, sobre los cuales nuestra conciencia simplemente no puede tener ningún conocimiento más cercano en sí misma. Por otro lado, a partir de estas consideraciones, también se derivan resultados sorprendentes para el juicio correcto de los procesos psíquicos de nuestro propio organismo: de hecho, aunque nuestra psique persista inicial y posteriormente en su mayor medida en el nivel de la inconsciencia, también percibimos inconscientemente sus propias condiciones de vida; y, a través de la interiorización y la intuición, las redefinimos retrospectiva y prospectivamente; además, la misma, como idea parcial, inicialmente de la humanidad y más adelante del todo del mundo, necesita estar impregnada inconscientemente, a veces más cerca y a veces más lejos, por todas las emociones del alma de la humanidad y de las almas del mundo. Sin embargo, es necesario tener presente claramente que este ser atravesado, en parte, solo ocurre en relaciones extremadamente distantes, pero que, aun así, estas ocurren realmente en algún grado. Esto se debe a que lo que mecánicamente sea demostrable como atracción entre masas permea el mundo de manera bastante similar, a veces más y otras menos perceptiblemente. Para ilustrar esto, consideremos, por ejemplo, que así como no puede haber ninguna duda de que, independientemente de la gravedad entre sí, es decir, de la atracción recíproca entre cuerpos celestes, es un hecho confirmado que, igualmente, cualquier porción mínima de masa que esté libremente suspendida también atrae a otra mucho mayor; es decir, es atraída por esta, de acuerdo con la proporcionalidad entre sus masas: la piedra que cae, es decir, el pequeño cuerpo en caída en la atmósfera, es atraído tan poderosamente por la Tierra, muchas veces mayor; aun así, a su vez, no dejará de atraer menos a la propia Tierra, aunque, dada su inconmensurable

pequeñez, tampoco la percibamos tanto, por ejemplo, como la propagación sísmica causada por alguna explosión artificial, sobre la totalidad de la masa terrestre; difusión sobre la cual, aun así, el matemático inglés BABAGGE [36] realizó cálculos tan interesantes que apuntan a la enésima potencia, en relación con cada uno de estos efectos. De manera similar, según esto, es posible considerar que todo el reino de la vida inconsciente en nosotros, de alguna manera, esté aficionado y necesite estarlo, por la totalidad de los círculos de vida de la humanidad, de la vida terrestre; sí, incluso, de la vida del universo, precisamente porque este se presenta decididamente como parte integradora de esa totalidad; solo la manera en que este inconsciente esté aficionado, evidentemente, en este contexto, será infinitamente diversa. Mientras que, por ejemplo, de los movimientos de los cuerpos celestes que se encuentren más allá de la Tierra, con excepción del Sol y de la Luna, incida muy poco sobre la percepción inconsciente de nuestro interior, a punto de poder compararlo con esa atracción ejercida por la piedra que cae en relación con la Tierra; y mientras que el efecto de las masas humanas distantes de nosotros también permanezca totalmente ajeno a nuestra percepción inconsciente, por otro lado, las alternancias de las disposiciones eléctricas y magnéticas de nuestro planeta, así como las de la atmósfera, ejercen una influencia tan profunda sobre nuestra vida inconsciente como los cambios de vida provocados por personas que nos son mucho más cercanas. Sí, de acuerdo con esto, en este círculo, las interacciones son a menudo, incluso, las más esenciales; y, aun así, todas ellas son solo, originariamente, inconscientes, aunque, mediante ciertas circunstancias, algo desde este reino nocturno pueda, muy bien, realmente compartirse en la región consciente. Por lo tanto, desde aquí ya podemos presumir algo de lo que se discutirá más de cerca a continuación, a saber, cómo, de hecho, esta extraña visión a distancia — ya sea a través del sueño o del estado despierto, de relaciones concernientes o de procesos telúricos, celestes o de los destinos de las personas; o aún, a estas manifestaciones singulares de rapport magnético recíproco de personas distantes entre sí, así como muchas otras cosas más, que permanecen como un enigma indescifrable para la psicología convencional, hasta hoy—, solo mediante estas consideraciones, alcanzará su completa elucidación. En este sentido, ya la consideración de la vida embrionaria, en su relación con la vida de la madre, nos proporciona elementos muy marcados: en el ser humano, aún encapsulado embrionariamente, de hecho, la conciencia ni siquiera había despertado, en general, y aún opera celosa, solo e íntegramente, el inconsciente absoluto y general; y, precisamente por eso, su relación más íntima se establece con el círculo vital de la madre que lo envuelve. Inconscientemente, las excitaciones de la vida materna impregnan a tal individuo en devenir y, solo a partir de estas, única y verdaderamente, nos resultará comprensible el fascinante caso ineludible, mediante ciertas condiciones, de la así llamada provisión—proceso este que, más que cualquier otro, haga explícita la conexión que conecta dos vidas entre sí. Porque, como ya podemos saber, en nuestra existencia consciente, no es raro que cualquier representación vívida del alma consciente, relacionada con alguna parte específica del cuerpo, pueda instaurar, instantánea e involuntariamente, cierta sensación en la misma; o incluso algún cambio determinado de su función (como ejemplos, se pueden mencionar, la sensación única que podemos sentir en nuestros ojos, al imaginar vívidamente cómo sería si estos fueran perforados por un cuchillo; o igualmente, la sensación de secreción salival en la boca, mediante la representación vívida de un limón cortado, etc.). Por lo tanto, se evidencia, avanzando mucho más allá, incluso en el suministro de la mujer embarazada, que una representación vívida de la madre, de cualquier herida o desfiguración en general, no solo puede afectar la vida de la madre, que se ha vuelto más libre mediante el desarrollo de la conciencia, sino que también, al contrario, de manera muy decisiva, afecta esa vida aún inconsciente del niño, íntimamente entrelazada con la vida de la madre, de modo que realmente afecta su vida y pueda producir allí una deformidad similar a la imaginada. La razón de esto, por lo tanto, aparentemente, no reside únicamente en el hecho de que la vida formativa del niño, en un sentido amplio, aún se encuentre en una fase mucho mayor de delicadeza y maleabilidad; sino, sobre todo y principalmente, en el hecho de que la inconsciencia en el embrión aún sea absoluta e integral; y que, por lo tanto, lo que llamamos incorporación a lo general o superior, necesariamente aún, debe afirmarse de la manera más íntima en este contexto. Precisamente por esto, el dicho inglés de ninguna manera es falso cuando afirma: “la crianza del niño comienza nueve meses antes de su nacimiento”. Esto se debe a que este, sobre todo, aún se encuentra justo en ese inconsciente mayor; y así, en un estado de inserción íntima en un todo mayor, de modo que el embrión participará necesariamente mucho más de todo lo que conmueve a la madre, en cuyo

regazo descansa, que de aquello en lo que el ser humano ya nacido podrá participar posteriormente, en su entorno. Además, se desprende por sí mismo que esta ley necesariamente aún tendrá aplicaciones importantes para comprender la vida psíquica del mundo animal.

De lo dicho, sin embargo, resulta algo muy curioso y, en estos términos, hasta ahora desconocido, en lo que respecta a la vida anímica humana consciente: ya que, como se dijo anteriormente, todo lo que pertenezca a la vida anímica consciente, no siempre persiste en la conciencia; sino que periódica y repetidamente regresa al inconsciente; por lo tanto, también lo que ahora se ha vuelto inconsciente debe cumplir con la ley del inconsciente general y contribuir para que lo que ya estuvo en la conciencia y luego, con frecuencia, regresa a ella durante su inconsciencia, cada vez más, establezca una relación con el inconsciente general para, mediante esto, siempre modificar algo más dentro de sí. Esta observación es, al mismo tiempo, de excepcional importancia para muchos procesos de la vida anímica: cada uno de nosotros, seguramente, ha experimentado consigo mismo que cualquier impresión o representación, después de un reposo inconsciente por largo período en el alma, al ser evocada nuevamente a la conciencia; o cuando, según la dinámica propia de la vida anímica (sobre la cual aún hablaremos más adelante), se despierta nuevamente por sí misma, al emerger, siempre se ha vuelto algo diferente bajo algún aspecto; y que, desde entonces, ya no será completamente idéntica a su forma anterior. En casos individualizados, quizás la representación se haya potenciado, haya ganado en belleza, volumen y diversidad; mientras que en otros, como si hubiera retrocedido y perdido en belleza, plenitud y potencia. Aquí, entonces, donde, en parte, las relaciones con la esencialidad del individuo mismo, pero también, en otra medida, la relación más íntima que la vida anímica inconsciente tenga con la totalidad de la naturaleza exterior, influirá en la remodelación y formación de la representación. Por lo tanto, cuanto más noble y elevada sea la idea básica de esta existencia; cuanto más refinada y diversificada sea la relación con el macrocosmos, más se incrementará la formación más precisa de la representación —el pensamiento— mediante esta inmersión en el inconsciente; cuanto más incipiente sea la idea y más débil sea su relación general, mayor será el riesgo de que también la representación individual sufra algún tipo de retroceso como consecuencia. Por lo tanto, no es sin una razón más profunda que ya hemos escuchado de muchos artistas, poetas, pensadores, la siguiente expresión: “solo una larga permanencia en el alma de un pensamiento elemental siempre favorecerá la maduración de alguna obra relevante —y cada intento de transponer precipitadamente dicho razonamiento en una actuación real, ya sea en una obra de arte o científica, siempre perjudicará su plena consumación interior”[37]; porque, incluso en tales situaciones, naturalmente, la reflexión consciente múltiple y repetida, real y esencialmente, fomenta la obra respectiva, en este contexto, sobre todo, ciertamente siempre es más fundamental, cada vez más, encontrarse con ese crecimiento inconsciente de la representación, en la interioridad. Además, esto no se aplica solo a las representaciones, pensamientos y secuencias de razonamiento aisladas, es decir, que un retorno al inconsciente las incremente y fortalezca; sino también al individuo, en general, a la totalidad de la idea fundamental del organismo: el mito atávico de Anteo, el hijo de la Tierra, que, en cada contacto con la madre, ganaba nuevas fuerzas, se repite en relación con el inconsciente en cada ser humano: expresamente, esto ocurre, en lo que respecta al alma consciente, por el innegable efecto relajante del sueño; es decir, justa y principalmente, debido al retorno periódico a la inconsciencia. Cuántas veces nos encontramos con el hecho de que un pensamiento que se resistía a volverse completamente diáfano; o una relación que se resistía a establecerse, a menudo, mediante una breve inmersión en un sueño sereno, de repente, surgía con claridad en la conciencia; incluso, que algunos recuerdos aislados, que eventualmente se habían desvanecido con el tiempo, repentinamente, después de tal breve escapada de la conciencia, resurgían, claros y precisos, en el alma. Todas estas son relaciones que solo se vuelven comprensibles a medida que entendemos que en el inconsciente, por así decirlo, reina una mayor generalización de la vida; y que, como resultado, todo lo que se sumerja en ese inconsciente, también necesariamente tendrá parte en esa generalización.

Sin embargo, no solo debido al aumento del vínculo general, la vida anímica consciente se transforma mediante su sumersión en el inconsciente; sino que también, el aumento de su energía y productividad adquirido por este proceso, aún tiene otra relación muy esencial: justa y especialmente, porque el inconsciente sea primordial y porque su vivencia allí esté amalgamada lo más íntimamente posible con la vida general, sin embargo y especialmente —como mostramos anteriormente, dado que al inconsciente ni siquiera se

aplica el concepto de fatiga—, el agotamiento, el cansancio que afecta toda la vida consciente cuando actúa prolongadamente, necesariamente puede ser mitigado tan pronto como el alma, de cierta manera, desista y regrese totalmente a la esfera del inconsciente, por algún tiempo. Toda la actividad, por lo tanto, a través de este regreso, vuelve a ser como era originalmente: regresa a esa forma de vida psíquica en la que no se aplican las categorías de aprendizaje, entrenamiento o incluso olvido de lo aprendido; sino en la que todo se da desde la propia autoridad absoluta interior, es decir, divina. Y esto necesariamente se relaciona con el hecho de que el abatimiento, el agotamiento que solo se hizo posible donde la vida individual intentó destacarse temporalmente del flujo general, mientras que una especial, ahora, espontáneamente, mediante la renuncia a esa individualidad, realmente a menudo, en su mayor parte o totalmente, necesita ser suspendida y puesta de lado. El hecho de que nada contribuya tanto a la recuperación de un alma agotada por la actividad consciente; y que nada disminuya más la tensión derivada de la vida anímica consciente que, a menudo, una breve siesta; además del hecho de que el fortalecimiento que nuestra vida anímica consciente experimenta diariamente a través del sueño regular y recurrente nocturno; incluso el hecho de que, después de las aflicciones más intensas de la vida consciente, no sea raro que ocurra un desvanecimiento —es decir, precisamente una renuncia temporal total a la conciencia— lo que puede, de la mejor manera posible, calmar la vida exhausta y capacitarla para nuevos esfuerzos exigentes; todos estos hechos han sido conocidos desde hace mucho tiempo, y los médicos ya han deducido varias consecuencias importantes para su práctica; simplemente les faltaba, sin embargo, la explicación de tal proceso, que recién aquí encuentra su plena confirmación.

1.5 Acerca de los estados enfermizos que puedan afectar a la vida anímica inconsciente

Después de las investigaciones anteriores, se concluyó que el inconsciente primitivo, a medida que sea la primera revelación de la idea, es decir, de algo divino, debe considerarse como existente a partir de su propia autoridad absoluta y, por lo tanto, no sujeto a la fatiga; así como tampoco necesita de ningún entrenamiento gradual para sus actividades vitales. Ahora, será necesario cuestionar si el concepto de enfermedad podría tener algún tipo de aplicación a esta vida. Pronto veremos que, en relación con el inconsciente primitivo y absoluto, de ninguna manera se puede hablar de enfermedad. La enfermedad, en verdad, dado que su concepto se basa en la suposición de que, dentro de un mismo organismo, paralelamente a la idea de vida que determina su esencia más íntima, hay otra que se impone, quizás exógena, y que, por eso, la vida especial propia de este organismo se ve restringida e interferida, presupone siempre cierta libertad para abandonar la trayectoria de vida originalmente preestablecida y para desviarse, de algún modo, de este camino de vida prescrito como una necesidad férrea. Justamente por eso, cuanto más retrocedemos en la escala de niveles de desarrollo de los seres, más nos alejamos del concepto de libertad y, en consecuencia, constatamos la disminución de la ocurrencia de enfermedades. Entre todas las criaturas que conocemos, el ser humano tiene la triste prerrogativa de presentar la mayor diversidad de enfermedades; en el reino animal, tanto la frecuencia como la variedad de enfermedades disminuyen; y, en la flora, ya ni entran en consideración las principales formas de enfermedad de las criaturas superiores, como fiebres e inflamaciones; y, en los organismos telúricos y cósmicos, el concepto de enfermedad, en general, ni siquiera se aplica. En la misma proporción, por lo tanto, que la idea de la vida asciende a la conciencia y, precisamente mediante eso también, la libertad, aumenta la predisposición y la realidad del enfermar; pues, aunque sea el destino de todos los organismos la destrucción y la muerte, dado su carácter temporal y no eterno, esto ocurre menos por enfermedad, como es el caso en los humanos; pero, por ejemplo, por aplastamiento, por la caída de alguna roca o por otra manera violenta cualquiera. Todo esto apunta al hecho de que la vida anímica inconsciente, según su esencia, no debería estar sujeta a la enfermedad; sin embargo, esto parece estar, por otro lado, en la más decisiva contradicción con la constatación de que, en el organismo humano, precisamente aquellos sistemas y órganos que menos participan en la conciencia y son totalmente regidos por la psique inconsciente, enferman mucho más y de manera más variada en comparación con aquellos que, especialmente, despiertan a la conciencia. De lejos, la mayor frecuencia de enfermedad se nota en la vida sanguínea, en el aparato digestivo, en el sistema glandular, en los órganos secretores y excretorios,

etc.; y, precisamente aquellas esferas de vida que más y verdaderamente son las únicas despiertas a la conciencia — a saber, las del sistema neural, junto con el medular y cerebral — son las que con mucha más rareza se convierten en el asiento principal de las enfermedades. Esta contradicción, sin embargo, es solo aparente. Es necesario considerar que toda enfermedad, en verdad, es general: cuando ocurre que, en un organismo antes considerado normal, se desarrolle un organismo enfermo particular, nada del anterior se mantendrá perfectamente normal. El organismo es una totalidad — y es solo así que, en general, se hace posible — y, si por eso, tan pronto como esto ya no sea movido por un principio único, sino que un segundo principio se le imponga, aquella idea de vida primordial no podrá revelarse más en ningún lugar mediante su verdadera esencia; en ninguna parte podrá continuar existiendo un estado perfectamente cristalino normal. Por eso, siempre que se desarrolle una enfermedad en nosotros, aunque aparentemente localizada, nunca afectará solo esta o aquella estructura individual; sino que todo el ser humano estará enfermo; solo que sufrirá especialmente más en una u otra parte. Muchas veces, estas perturbaciones del bienestar general son realmente muy insignificantes; sin embargo, cualquier obstáculo —enfermedades, hasta cierto grado— no dejará de hacerse notar menos por todas partes; de lo contrario, el organismo ni siquiera podría existir realmente y como una totalidad en sí mismo.

Constatamos ahora, no obstante, que hay una cierta secuencia de etapas en la disposición al enfermar, de acuerdo con la jerarquía de dignidad de los diferentes círculos de vida que se encuentran en la totalidad del organismo: identificamos que los círculos más elevados, en los cuales la idea se vive de manera más pura e íntima, resisten mucho más a la idea exógena al organismo que trae la enfermedad y también afirman más categóricamente su integridad. En contraste, los círculos de vida inferiores, a los que se les ha conferido una mayor posibilidad de interacción con el mundo exterior y una constante renovación de los elementos del organismo, están más abiertos a las impresiones ejercidas por este y, también, se someten más fácilmente a ideas ajenas. En vista de esto, ya se presupone un alto grado de enfermedad para que el sistema nervioso, o incluso el cerebro, la región más propia de la vida consciente, sea alterado de manera significativa; por el contrario, cualquier enfermedad, incluso la más leve, tiende a afectar la actividad de los sistemas sanguíneo, alimentario, secretor, etc. Esto no sucede, por lo tanto, porque esas regiones sirvan a la vida anímica inconsciente, sino porque, tan pronto como el organismo enferme, aquella región más inferior y orientada al mundo exterior, que es precisamente la de la vida anímica inconsciente, también perecerá más fácilmente ante el principio extraño, es decir, ante la idea de la enfermedad. Es exactamente por esto que concluimos que estas regiones que viven inconscientemente son más susceptibles a la enfermedad que las conscientes.

Del mismo modo, no es la esfera superior —la consciente— la directamente afectada por la enfermedad porque sea consciente, sino porque en ella se documenta de manera patente la autonomía y la libertad del organismo. En contrapartida, la naturaleza interior divina del inconsciente se evidencia en su ser originariamente ajeno al concepto de enfermedad, por su salud primordial inagotable y, se podría decir, simultáneamente, por su peculiar sabiduría inconsciente, específicamente en el hecho de que toda la dinámica del organismo que se opone al principio de la enfermedad y también aspira a la convalecencia, de la vida enferma al estado saludable, pertenece únicamente a la vida anímica inconsciente.

Aquí, a menudo, nos encontramos con uno de los aspectos más enigmáticos de la inconsciencia, sobre el cual, desde esta perspectiva, arroja una nueva luz y, por primera vez, adquiere su explicación verdadera: en la medida en que, al mismo tiempo, resulta claro que la enfermedad, de hecho, no posee ningún poder sobre el reino de la vida anímica verdaderamente inconsciente. Es absolutamente verdadera la afirmación de que el concepto de enfermedad, en sí y por sí, no existe en la acción diligente inconsciente de un principio divino, tanto como, en sentido moral, el concepto del mal. Ambos, la enfermedad —el mal físico— y el mal —como enfermedad psíquica—, solo surgen mediante los conceptos de libre albedrío, mayor autonomía y libertad. Por eso decimos que el inconsciente psíquico en nosotros es lo que más duradera y frecuentemente niega la enfermedad —aunque también sea lo que más sufre bajo su efecto—; y, además, es lo que más resueltamente la combate y, justamente por ello, provoca su gradual eliminación en una miríada de casos.

Sin embargo, esto no incluye únicamente aquello que se refiere al inconsciente que, temporalmente, puede ascender a un estado de conciencia turbia; ni lo que denominamos instinto a la elección del recurso más adecuado para la autocuración; sino, mucho más allá, aquella maravillosa y secreta moción interior de la vida inconsciente, la llamada fuerza curativa natural o el médico interior del ser humano, a través de cuya acción, paso a paso, las enfermedades son socavadas. Mediante esta fuerza, también se suscitan las llamadas “crisis” por los médicos y, frecuentemente, a través de cambios muy peculiares en la actividad orgánica, la salud es restablecida con una celeridad notable. Por eso, estos procesos extraños surgen con mayor resolución cuanto más reprimida esté la conciencia; cuanto menos estimulado por impresiones sensoriales y más perfectamente sereno y calmado permanezca el organismo volcado hacia su interior. Muchas veces, incluso, la conciencia necesita desaparecer por completo, como ocurre, por ejemplo, en el sueño profundo o en el desmayo, para que, solo entonces, estas manifestaciones puedan surgir.

Estos procesos son importantes en todas las relaciones, pero especialmente para el médico; y solo podrán ser plenamente comprendidos cuando se haya asimilado que es justamente la conciencia la que, de hecho, condiciona la enfermedad y que el inconsciente absoluto nada sabe de ella. Por lo tanto, así como se encontrará, en relación con la conciencia, que bajo todas las representaciones claramente pensadas y sentidas, subyace una “conciencia moral” “[38] difusa pero bien definida y segura, la cual, siempre que ocurran desviaciones, llamadas el mal, apunta al centro recto y puro. De esta manera, el ser orgánico inconsciente, que en sí nada sabe de enfermedad, se enfrenta a la enfermedad y, una y otra vez, se esfuerza por el restablecimiento de la salud y de lo que usualmente se denomina fuerza natural de curación.

Es necesario, además, notar expresamente que esta acción diligente inconsciente para el restablecimiento de la condición natural saludable del organismo no solo se manifiesta cuando, de hecho, surgen enfermedades; sino que también se hace valer ante cualquier tipo de daño externo: una lesión, una contusión, un hueso roto que, en sí, no es una enfermedad; es decir, aunque implique un perjuicio a la vida verdaderamente apropiada del organismo, no es consecuencia de la asimilación peculiar de una idea de enfermedad ajena, sino de una incidencia violenta directa de alguna fuerza del mundo exterior. No obstante, ambos casos, ya sea el de la lesión o la enfermedad, requieren y estimulan una acción determinada del organismo lesionado o enfermo: esos procesos empleados por la vida inconsciente en el restablecimiento ante una lesión son, por tanto, no menos fascinantes que el efecto terapéutico de la psique inconsciente frente a enfermedades reales. Sí, son de una sabiduría tal que, en cada paso, suscitan la admiración del médico que los observe cuidadosamente.

Ya la simple cicatrización de un vaso sanguíneo roto y la interrupción de la hemorragia constituyen, en este sentido, un proceso de la más elevada importancia: cómo, gradualmente, la corriente sanguínea toma otra dirección y, mediante esto, suspende su presión sobre las zonas lesionadas; cómo las propias paredes internas de estos conductos se contraen paulatinamente; cómo, por medio de la coagulación sanguínea, surge esa estructura peculiar que denominamos trombo; y cómo, a partir de entonces, se estimulan los procesos vegetativos apropiados, bajo cuya influencia, sin que nada de esto llegue a la conciencia, se desencadena la sutura de la herida; mientras que, simultáneamente, se forman vasos capilares completamente nuevos, restableciendo con tanta perfección el flujo sanguíneo en la región lesionada — todo esto requiere los más diversos análisis.

Con un fascinación similar, ocurre la curación de un hueso roto o la restauración de una parte amputada; y, entre los animales inferiores, incluso la sustitución integral de miembros perdidos. Todas estas son mociones peculiares de la psique inconsciente; y, cuando ya afirmaba más arriba que, de hecho, la tarea más elevada del saber solo puede ser la de introducirse, conscientemente, en las profundidades de la vida anímica inconsciente del cosmos; tanto más se trata de una tarea especial del conocimiento médico, la de escrutar estas mociones de la arte de curar inconsciente y fomentarlas deliberadamente, lo mejor posible, para, muchas veces también, en casos apropiados, imitarlas; y, especialmente, hacer que sean llevadas al conocimiento más preciso.

Que lo expuesto hasta aquí haya sido suficiente para proporcionar, en sentido amplio, una noción adecuada de la relación entre la enfermedad y la vida anímica inconsciente; por otro lado, cuántas páginas

importantes, en la propia historia de las enfermedades, se podrían ofrecer, si se reelaboraran a partir de esta perspectiva —apenas puede inferirse aquí..

Carl Gustav Carus

(*) Carl Gustav Carus (1789-1869) fue un destacado médico, naturalista y filósofo alemán del siglo XIX. Nacido el 3 de enero de 1789 en Leipzig, Alemania. Estudió medicina en la Universidad de Leipzig, donde más tarde se convirtió en profesor de obstetricia y ginecología. Además de su práctica médica, Carus tuvo una notable influencia en varios campos, incluyendo la pintura, la filosofía, la psicología y la integración de lo biológico y lo psicológico. En psicología, Carus realizó importantes contribuciones al estudio de lo inconsciente y a la comprensión de la mente humana. Sus ideas sobre la relación entre el cuerpo y la mente influyeron en el desarrollo posterior del psicoanálisis y la psicología profunda. Abogaba por una visión holística del ser humano, integrando aspectos biológicos y psicológicos en su comprensión de la mente y el comportamiento humano. Además de su trabajo científico, Carus era un talentoso artista y músico. Sus habilidades en la pintura y la música se reflejaban en su enfoque estético y filosófico del mundo natural. Carl Gustav Carus falleció el 28 de julio de 1869 en Dresde, Alemania, dejando un legado duradero en la medicina, la ciencia, la filosofía y la psicología del siglo XIX.

NOTA: este texto corresponde la segunda parte del Capítulo 1. De la Vida Inconsciente del Alma. (pág. 55 a 92) del libro “Carus: Psyche: Sobre a história do desenvolvimento da alma”. de Carl Gustav Carus. Traducido del alemán al portugués por Sidnei Vilmar Noé.

CARUS, Carl Gustav. *Psyche: Zur Entwicklungsgeschichte der Seele*. Pfarzheim: Flammer e Hoffman, 1946. 385 pp. (edición alemana).

CARUS, Carl Gustav. *Psyche: sobre a história do desenvolvimento da alma*. Tradução Prof. Dr Sidnei Vilmar Noé. Pfarzheim: Flammer e Hoffman, 1946. 385 pp. (edición portuguesa).

NOTAS:

[29] Se trata de Christoph Wilhelm Friedrich Hufeland (1762-1836) – NT.

[30] Este tiempo es necesario, en el ser humano, para que los espermatozoides alcancen el folículo; en algunos animales, como por ejemplo, en la corza, pueden pasar semanas desde la cópula hasta que ocurra este contacto, esto es, la fertilización propiamente dicha.

[31] Cf. C. G. CARUS, *Sistema da Fisiologia*, vol. 1, p. 118.

[32] Cf. F. W. J. SCHELLING, *System des transzendentalen Idealismus*, p. 10 s. Nótese que el autor cita de memoria el pasaje referido, pues este se encuentra sin indicación de fuente y reproduce literalmente solo la última frase del original: “Die vollendete Theorie der Natur würde diejenige sein, kraft welcher die ganze Natur sich in eine Intelligenz auflöste.” – NT.

[33] Texto original: “Nach dem Gesetz, wonach du angetreten. So mußt du sein, du kannst dir nicht entflieh’n, und keine Zeit und keine Macht zerstückelt geprägte Form, die lebend sich entwickelt.” Se trata aquí de una cita literal de una parte del primero de los cinco poemas, que lleva el subtítulo “Daimon, Dämon”, escritos el 7 y 8 de octubre de 1817, bajo el título «Urworte. Orphisch» (Palabras ancestrales, órficas) y publicados originalmente en 1820, en los cuadernos *Sobre la Morfología y, simultáneamente*, lanzados en su obra *Sobre el Arte y la Antigüedad*, con explicaciones propias, en la cual Johann Wolfgang von Goethe reflexiona sobre los cinco conceptos correspondientes a las potencias que supuestamente rigen la vida humana: Daimon (espíritu, genio), Tyche (azar), Eros (pasión), Ananke (destino, sino) y Elpis (esperanza). Cf. J. W. von Goethe, *Berliner Ausgabe, Kunsttheoretische Schriften und Übersetzungen* [volúmenes 17–22], vol. 17, Berlín, 1960. Nótese que C. G. CARUS, aparentemente de modo consciente, excluye la 1ª parte del poema que reza: “Wie an dem Tag, der dich der Welt verliehen, die Sonne stand zum Grusse der Planeten, bist alsobald und fort und fort gediehen «nach dem Gesetz, wonach du angetreten.»...” (Así como en el día que te prestó al mundo, el sol se alineó para saludar a los planetas, pronto y continuamente, prosperaste, de acuerdo a la ley...). Podría inferirse que la mención a la astronomía (¿astrología?) en J. W. von GOETHE no fuera perfectamente compatible con la idea “deísta” de C. G. CARUS. Por consiguiente, también podría suponerse que el primero asumiera una cosmogonía más radicalmente naturalista, es decir, que todo está interligado y predestinado, según leyes que rigen este todo, mientras que el segundo, aunque abogando por la organicidad de todo, defiende la libertad y la individualidad, a partir de la idea divina, que confiere dirección y sentido, especialmente, al ser humano consciente de sí mismo. El autor también suprime la frase siguiente, que se encuentra en el original entre “dir kannst du nicht entfliehen,” (no puedes esquivarte de ti mismo,) y “und keine Zeit und keine Macht zerstückelt...” (y

ningún tiempo y ningún poder fragmentará...), a saber, “so sagten schon Sibyllen, so Propheten...” (Así ya decían Sibilas, también Profetas...). En consonancia, la referencia también puede ser comprendida como un fundamento adicional a la hipótesis de interpretación propuesta: Sibilas y Profetas predicen el futuro, a partir de su capacidad de reconocimiento del futuro inextricable. Este tipo de “predestinación”, o libre albedrío; por lo tanto, no comparte la idea de libre albedrío que, a grandes rasgos, demanda la libertad de la idea absoluta, Dios, cuya extensión se encuentra potencialmente (¡inconscientemente!) en la idea peculiar del alma humana y que puede realizarse en acto bajo la forma de espíritu autoconsciente, y que hasta aquí, había sido sostenida por C. G. CARUS. No obstante, cabe mencionar también, que la propuesta distinción entre las supuestas “Weltanschauungen” (cosmovisiones) no es tan precisa así, dado que ambos autores se encuentran en la comprensión de este todo, como un uno esencialmente interligado; solo tal vez podría mencionarse, que el primero prescindía de la idea de “dios”, mientras el segundo la presuponga, como enlace que ciñe, sostiene y confiere sentido a este uno. Cabe observar aún, que la traducción aquí propuesta presenta una precisión mayor en relación a aquella referida en S. V. NOÉ, Cuando la idea se autorreconoce, p. 162.

[34] Aquí el autor emplea un juego de palabras en lengua alemana que literalmente compone un mismo campo semántico: “Innerung” e “Erinnerung”, respectivamente, interiorización y memoria o recuerdo.

[35] Aquí posiblemente hay un error en el original, pues el paralelismo antitético aquí propuesto exigiría la yuxtaposición “en el consciente” y no como consta, “en el inconsciente” – NT.

[36] Se trata del matemático británico Charles Babbage (1791-1871) – NT.

[37] Las comillas remiten a una cita indirecta, cuya fuente no es referida ni conocida; posiblemente se trate de una autocita – NT.

[38] En este caso, se trata de la conciencia moral y no de la conciencia que el autor equipara a la comprensión de la idea que dio origen a ese respectivo ser humano. En la lengua alemana son términos distintos: Gewissen, conciencia moral, y Bewusstsein, conciencia, en este contexto, autoconciencia, Selbstbewusstsein y, por extensión, Gottesbewusstsein, conciencia de Dios, que, no obstante, poseen un radical común – wissen, en gros, ‘saber’. Por lo tanto, se trata de redundancias, en sentido semántico, hablar de ‘saber consciente o inconsciente’. Además, en las lenguas latinas esta semántica se preserva por el radical ‘ciencia’ – NT.

Volver a Artículos Clínicos
Volver a Newsletter 27-ex-81